

¿Dos caras de una misma moneda?

*Por Enrique Leff**



Cual irrefrenable torbellino, los movimientos sociales y de liberalización surcaron el planeta en los años sesenta. Años en que también sonó la alarma ecológica.

La degradación ambiental se interpretó como una crisis de la civilización moderna, marcada por la destrucción de la naturaleza y el deterioro de la calidad de vida.

Se responsabilizó de ello al proceso económico y se reconoció la importancia de incluir bases de sustentabilidad ecológica al desarrollo, a través del cambio de los patrones de producción y de consumo imperantes.

Sin embargo, irrumpieron durante los ochentas las políticas de ajuste estructural y de recuperación económica.

Mientras las políticas neoliberales tomaron fuerza en varios países de América Latina y el Caribe, los problemas ambientales se intensificaron: calentamiento global, contaminación atmosférica y de recursos hídricos, pérdida de biodiversidad y de fertilidad de las tierras por los procesos de erosión o desertificación. Tres lustros de neoliberalismo no han logrado reestablecer los niveles de crecimiento económico anteriores a la llamada "década perdida" de los años ochenta.

Los indicadores socioambientales muestran un notable incremento de la desigualdad social y la degradación ambiental (tasas de deforestación, pérdida de suelos fértiles, emisiones de gases invernadero).

Pero el neoliberalismo ha hecho más que eso: está transformando la percepción del desarrollo sostenible. Mientras en 1970 se creía que el crecimiento económico era la principal causa del deterioro ambiental, hoy se piensa que es más bien resultado de la insuficiente liberalización comercial y de no haber asignado forma de propiedad y precios a los bienes comunes de la naturaleza.

Así -se dice- los mecanismos ciegos del mercado se encargarán de ajustar los desequilibrios ecológicos y las desigualdades sociales. En la era de la globalización, se invoca pues, a las fuerzas benéficas del mercado para exorcizar los maleficios (los malos oficios) del Estado, causante del deterioro ambiental y la producción de pobreza.

Un conflicto por resolver

Habría que preguntarse si la economía y la ecología son las caras de una misma moneda o entrañan dos racionalidades sociales distintas con valores éticos y principios productivos diferentes. El conflicto entre ecología y economía no ha sido resuelto ni por las nuevas teorías de la economía ambiental, ni por la economía ecológica, ni por las aún incipientes políticas de desarrollo sostenible.

Nuevos instrumentos económicos intentan evaluar los costos de restauración ambiental y generan incentivos como, por ejemplo, los impuestos verdes. Existen también nuevos indicadores de desarrollo sostenible ("las cuentas verdes") que buscan ajustar las mediciones del producto interno con la incorporación de los costos ecológicos.

Sin embargo, hasta ahora han sido más un ejercicio metodológico que una realidad. En los 70s, la crisis ambiental desenmascaró la manía de crecimiento que venía rompiendo los equilibrios ecológicos y explotando la naturaleza a ritmos por encima de sus condiciones de regeneración. Por ello se clamó por un freno al crecimiento, una economía de estado estacionario y un ecodesarrollo basado en los potenciales ecológicos.

Pero en los 90s ya no se cuestiona si el capitalismo es viable. Por el contrario, se afirma que es sostenible y se asevera que la ecoeficiencia puede revertir la degradación ambiental. Hoy día, el discurso del desarrollo sostenible opera un vuelco de 360 grados y parece distorsionar las causas y efectos de la crisis ambiental con un fin : mantener un sistema económico que se resiste a cambiar.

Parece ignorar las contradicciones entre la lógica del mercado y las condiciones ecológicas que aseguran la sustentabilidad de la vida y de la economía. La globalización económica -antes que fundarse en las ciencias de la naturaleza para orientar las leyes de la producción- retrocede en el tiempo a las invocaciones mágicas.

Parece tratarse de una nueva alquimia que quiere reconvertir a la naturaleza bajo los designios de la economía, acelerando la máquina devoradora de recursos finitos. La crítica a lo que está detrás de estos nuevos discursos nos permitirá abrir un debate que nos ayude a vislumbrar los destinos de los pueblos y los recursos vitales de las Américas hacia el nuevo siglo.

* el autor es mexicano, coordinador de la red de formación ambiental, [PNUMA](#)